



El hombre sin alma

Manuel Díez Román



EL HOMBRE SIN ALMA

Primera edición digital: noviembre 2020

ISBN: 978-2-490290-47-5

Colección: Gorgoneion #2

Autor: Manuel Díez Román

Ilustración: Carolina Mas Faus (carolinamas.portfoliobox.io)

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA AL PRESENTE LIBRO

Como dice el autor en un momento de su relato, «a veces, la casualidad es madre de grandes acontecimientos». Así se puede calificar al hecho de que el libro que ahora tiene en sus manos llegara primero a las mías.

Unas obras de reforma en el viejo caserón familiar del pueblo descubrieron un arcón polvoriento olvidado en el desván, oculto bajo trastos acumulados con el paso del tiempo. La molesta obligación (más de uno sabrá de qué hablo: búsqueda de presupuestos y de empresas que no te dejen tirado con la reforma a medias, permisos municipales, fechas incumplidas, imprevistos varios) se vio compensada por aquel hallazgo: una especie de cofre de Billy Bones en *La isla del Tesoro*.

Al abrirlo, tras quebrantar un herrumbroso candado, en la cúspide de una pila de ropa apolillada, encontré un sable de oficial víctima del óxido y un libro de hojas amarillentas y abarquilladas. El interior del volumen escondía dos cartas. La primera, una copia de la remitida a Salvador Madero, editor barcelonés. En ella se explicaba que la obra empezó a publicarse por entregas en la edición dominical del periódico La Iberia, subtítulo como *Diario liberal de la mañana*, pero dejó de aparecer tras el sexto capítulo «por presiones de la autoridad». La segunda carta era la respuesta rechazando el manuscrito. El editor se justificaba en la negativa de la censura a autorizar su publicación. Ofrecía al autor la posibilidad de dulcificar algunos pasajes y, sobre todo, sugería eliminar aquellos otros que aparecían subrayados en color rojo, que no eran pocos, como único medio de salvar el rechazo del censor.

Si a la censura no le gustó, algo bueno debe de tener este libro, me dije al instante, y esa misma tarde comencé a leerlo. Está escrito como los folletines por entregas del siglo XIX, periodo en el que se desarrollan las peripecias de su autor, militar retirado tras resultar malherido en ultramar. Un hecho en apariencia intrascendente, rescatar a un anciano atacado por unos maleantes, lo conducirá a una trepidante aventura en la que se pondrá en jaque al mismísimo Imperio español. Permítanme ahorrarles otros detalles, creo que me lo agradecerán más adelante. Les desvelaré, a cambio de su paciencia, varios de los ingredientes que aderezan la obra: amor y venganza, valor y traición, ingenios mecánicos y magia, inquisidores y

asesinos en serie, libros prohibidos y dioses antiguos, muertos vivientes y soldados de vapor.

No es de extrañar el repudio oficial a la obra, a pesar de la autocensura del propio autor al omitirnos datos que serían muy reveladores sobre algunos de los sucesos vividos. Se trata de un texto con numerosas críticas a los poderes (políticos, religiosos y militares) de la época, convulsa por los enfrentamientos entre realistas y liberales, por las políticas desacertadas de los sucesivos gobiernos auspiciados por la monarquía y debido a las amenazas constantes que padecía el Imperio español por parte de potencias extranjeras.

Me fascinó el relato de esos hombres y mujeres anónimos que participaron activamente en momentos decisivos de nuestra Historia, pero a quienes las crónicas oficiales olvidan o desdeñan, ofreciéndoles apenas una línea a pie de página y eso en el mejor de los casos. No son héroes tal como lo entendemos hoy en día, sino personas arrastradas por la vorágine de los acontecimientos, obligadas a reaccionar y a actuar en función de los mismos.

Poco puedo aclararles del autor. Usa un apodo, Ventura, y en ningún momento desvela su verdadera identidad. El padrón de la época guardado en el ayuntamiento fue pasto de las llamas en un asalto de los dragones del general Franco durante la Guerra Civil del pasado siglo. Los registros de la parroquia tampoco corrieron mejor suerte tras aquel ataque. Por las fechas de la escritura de propiedad de la familia y la carta de rechazo del editor, todo indica que abandonó el caserón precipitadamente con destino desconocido al poco de recibir esta última. Tal vez las autoridades estuvieran sobre su pista a causa de las informaciones contenidas en el libro. O posiblemente por las que callaba, pero a todas luces conocía.

De los más ancianos del lugar solo uno recordaba el relato de su abuelo sobre un estrafalario aventurero «que estaba mal de la azotea» y contaba aventuras increíbles a cambio de un vaso de tinto en la taberna. Curiosamente, en el texto el autor menciona que hacía lo mismo: «He relatado mis anécdotas de veterano en ultramar a cambio de una jícara de vino», lo que da visos de verosimilitud a la declaración de aquel vecino del pueblo.

Mi familia nada recuerda, o eso dice, de un antepasado con tales características. No fue un hombre precisamente virtuoso ni de esos que dan lustre a un árbol genealógico, lo que podría explicar esa amnesia

interesada. Gasté unos días de vacaciones para sumergirme en varios archivos de Madrid. Fue como buscar una aguja en un pajar, y con el mismo resultado: no hallé nada. El rastreo en bases de datos públicas y privadas tampoco ha ofrecido resultados positivos. Nadie cumplía con los requisitos para ser nuestro Ventura, ni como nombre ni por apellido. Solo dos candidatos alimentaron mis esperanzas. Al final, el que prestó servicios en las Filipinas como él lo hizo en fechas muy distintas a las de nuestro hombre, y el que resultó ser contemporáneo del autor carecía de pasado militar. Tampoco encontré descendientes vivos de los personajes principales del libro que pudieran aportar datos sobre nuestro hombre.

Estudiando anales sobre la piratería en las Antillas, hallé información de un dirigible titulado *El Renegado* cuyo capitán se llamaba Ventura, como nuestro protagonista. Envié una solicitud de información al Ministerio de Defensa, quien en la actualidad detenta la titularidad de los registros de las matrículas de las patentes de corso. La denegó porque todavía la consideran información clasificada, lo que me sorprendió dado el tiempo transcurrido. Todo apunta a que, efectivamente, se trata de la persona que escribió el presente libro. Pocos más datos contrastados puedo ofrecer. Si alguien conoce más información que permita sacar a la luz la verdadera identidad de nuestro aventurero, le ruego tenga la bondad de hacérmela llegar.

A tenor de lo que desliza el autor de sí mismo, tanto antes como después de la aventura que se relata en el presente volumen, su existencia fue bastante azarosa y poco ejemplar. Tanto por lo que él mismo confiesa en el propio texto como por lo que en otras ocasiones se lee entre líneas. Una vida con luces, sí, pero también plagada de sombras. De ello pueden dar fe algunas informaciones de la época sobre las sangrientas acciones que se atribuyen a la tripulación de *El Renegado*, nombre cuando menos premonitorio, aunque bien es cierto que no todas las fuentes coinciden sobre ese punto. Cuando son de origen español loan la valentía y los daños infligidos a los intereses rivales. Los extranjeros, en cambio, los acusan de atrocidades sin cuento. Cada uno barre para su propia casa. En cualquier caso, no me corresponde a mí juzgar su proceder. No puedo dulcificar su pasado. Solo ofrecerles el testimonio de su obra, durante tantos años olvidada en un baúl. Que cada cual saque sus propias conclusiones a partir de la misma.

He respetado la integridad del original. No he modificado ni una coma.

¿Quién soy yo para reescribir sus vivencias, para poner en su boca palabras que no son las suyas? Son sus memorias. Los datos históricos concuerdan (la plaga de Cádiz, el kraken en el Estrecho de Gibraltar, los atentados contra Alfonso XII, los movimientos revolucionarios, los crueles asesinatos en Granada, etc.). Lo que ya no podemos saber es cuán fidedignos fueron sus recuerdos a la hora de transcribir los sucesos y cuál su grado de participación en los mismos, aunque a priori tampoco tenemos motivos para dudar de su palabra.

Los lectores aquejados del virus de lo políticamente correcto pueden sentirse incómodos ante algunos pasajes que en la actualidad se suelen considerar del todo inadecuados. Pónganse en la piel del autor durante la lectura, se lo ruego. O, más bien, intente leer con ojos de hace 150 años, limpios de los prejuicios actuales. Ventura no hace más que trasladar al papel lo que era la mentalidad habitual de la sociedad en la que vivió. Ya le tocó sufrir los efectos de la censura oficial. No seré yo quien lo censure por segunda vez.

Sin más preámbulos les dejo deleitarse con este episodio apenas conocido de nuestra Historia. Ojalá disfruten de su lectura tanto como lo hice yo.

Va por usted, capitán, y por la memoria de aquellos valerosos compañeros cuya memoria quiso honrar con el presente libro.

PRÓLOGO

Dicen que los muertos no pueden hablar. Quizá. Pero les aseguro que son capaces de hacerse oír. En mis noches de insomnio escucho sus lamentos, su rabia, sus anhelos imposibles. Es el precio a pagar por mis pecados, por haber visto y por haber hecho cosas terribles. Te acostumbras, lo soportas. Qué remedio. Llega un punto en el que lo encuentras hasta normal. Así fue hasta la noche que ella reapareció tras varios lustros desaparecida.

En la vigilia que descubrí de nuevo a esa maldita mujer, salida de Dios sabe qué pozo del infierno, puse cara a la rabia de los caídos, nombre a sus espíritus dolientes, y me prometí darles paz contando todo lo acontecido. Su sacrificio no podía ser en vano.

En este relato –que no ficción– murieron muchos, amigos y enemigos. Están muertos, pero siguen vivos en mi cabeza. Olvidarlos equivaldría a traicionarlos, a traicionarme. No puedo deshacer lo que ocurrió, solo exponer a la luz lo acontecido. Cuando conozcan los hechos, juzguen por ustedes mismos. Y háganlo con toda la dureza que estimen necesaria. Por mi parte, hace tiempo me juzgué y me condené.

Seguí a aquella arpía durante todo el día por las calles de La Habana. Su presencia allí me produjo más inquietud de la que nunca admitiría ante nadie. Por fortuna dudo que me hubiera reconocido aun encontrándonos de cara. El paso del tiempo ha sido inclemente conmigo. En cambio, la muy traidora parecía tan lozana como la última vez que nos encontramos, en circunstancias terribles, una aciaga jornada en que no me creí capaz de ver un nuevo amanecer.

Mientras caminaba bajo el cielo entoldado de un desapacible día de febrero, fui recordando nuestro turbulento pasado común. Al fin ella entró en una mansión de las afueras. Según nuestros espías, era un punto de reunión de los seguidores del líder de los rebeldes, José Martí. Su presencia en Cuba no podía ser casual. Auguraba, como siempre, problemas. Y conociéndola no pequeños, seguramente.

En lontananza avanzaban raudos nubarrones de tormenta hacia el puerto. Un mal presagio, diría cualquiera de los santeros de tres al cuarto que brotaban en la ciudad como las malas hierbas. Tuve claro que más

pronto que tarde me reuniría con los fantasmas que perturbaban mi sueño.

Ustedes no ignoran que nadie explica la historia tal como fue, sino como la vivió. Por eso no existe una única Historia y el recuerdo de todo lo vivido entonces, y que mi pluma se apresta a trasladar al papel, sigue atrapado en mi mente como el fósil de un insecto permanece intacto prisionero del ámbar. No es menos cierto que necesitamos ver las cosas con perspectiva para relatarlas adecuadamente. Creo que este incidente resultó el detonante para saber que había llegado el momento para desvelar todo lo que sucedió, pese a quien pese.

Mi memoria retrocedió hasta el origen de los acontecimientos. Un suceso en principio inocuo me involucró en una de las mayores conspiraciones urdidas jamás contra España. Y desde La Habana añoré entonces el calor de la patria, los olores de Granada. Sentí una punzada por los sueños de juventud incumplidos, recordé las esperanzas malogradas.

Cerré los ojos, la realidad se difuminó y tuve la sensación de revivir el ayer...

CAPÍTULO I. UN ENCUENTRO INESPERADO

Ya habían tocado las diez de la noche las campanas de la Iglesia de Santa Ana y el ambiente no parecía que fuera a refrescar. La tórrida jornada de principios de septiembre amenazaba con prolongarse durante la noche en las estrechas calles del Albaycín.

Durante el día el sol había campeado plácidamente en toda su majestuosidad vertiendo llamas, sin que ninguna nube se atreviera siquiera a mostrarse en la lejanía insinuándole sombra. Los tiestos distribuidos con esmero en las paredes de los cármenes amenazaban con rajarse de un momento a otro a causa del calor desmedido. Incluso los globos y dirigibles amarrados en el aéreo-puerto sito tras la Alhambra daban la impresión de que iban a entrar en combustión por culpa del astro incandescente.

Mientras tomaba la fresca bajo la copa redondeada de un aligustre, soñando con capitanear mi propio dirigible, contemplé una nutrida hilera de mozos descargar fardos sin descanso como laboriosas hormigas. Decorados con arabescos y la media luna, los aeróstatos parecían venir de tierras orientales: turcos o persas, tal vez. En otra aeronave, con bandera rusa y emblemas diplomáticos, colgaban numerosas poleas y las grúas se arremolinaban a su alrededor como arañas envolviendo a su víctima.

Los había de todos los tamaños, diseños y procedencias. Los estandartes tremolaban orgullosos al viento. Era época dorada para el comercio y Granada se había convertido en punto de encuentro para personajes de la más variopinta índole. Aquel ancladero de dirigibles no descansaba nunca.

Tras un día ocioso, emprendí la retirada por la carrera del Darro, un poco ahumado tras el trasiego de unas jarras de vino especiado con Gerónimo Garay, antiguo compañero de armas, en la fonda de don Julito Manteca al lado de la Plaza Nueva, junto a la carbonería, lo que de por sí aumentaba la sensación de calor.

Como hombre recio y acostumbrado a las peores lides, mantenía el andar recto y el paso digno camino de la pensión en la que me hospedaba desde hacía tres semanas. Se trataba de un pequeño alojamiento en la Plaza de Santa Inés de tan solo cinco habitaciones, donde se daba bien de comer y, si se terciaba y se estaba presente al mediodía, previo rezar el ángelus con la señora Angustias, la dueña, había aperitivo: vino negro o cerveza y tapa

de jamón o de chistorra con pan. Disponía de un habitáculo sencillo. Ofrecía el aspecto de una celda cenobítica, ajena a todo lujo y esplendor, aunque limpia y agradable. Nada que ver con la grillera donde hasta hacía bien poco me había sepultado.

Razones de economía, o de arcas extenuadas como diría un castizo, hacían que se apagaran las farolas a la medianoche y dejaran de encenderse las noches de luna. Hacía mal el cielo, pues, en cubrirse de nubes cuando el calendario rezaba luna llena y la municipalidad echaba sus cuentas en eso confiada.

Ante la inoportuna ocurrencia del cielo, pues la noche cerraba lóbrega y triste como el pensamiento de un moribundo, a diferencia de la límpida mañana, atravesé ojo avizor los puentes que jalonan el Darro. En ocasiones alguna banda de maleantes, como al descuido, esperaba emboscada en las sombras a los paseantes ebrios para aligerarlos del peso de sus pertenencias.

Las nubes dieron una tregua al satélite y los reflejos de la luna hicieron que las aguas del Darro espejearan como láminas de plata. Apoyadas en los asientos y sitiales del puente se encontraban varias parejas, entre arrumacos y palabras románticas, aspirando el aroma de las plantas perfumadas y oyendo el rumor del caudal del río al pasar bajo las arcadas del viaducto.

Mas también se podía respirar el ambiente tenso que vivía entonces la sociedad a causa del despotismo, la barbarie y la tiranía seculares. Por eso, según adonde me llevaran mis asuntos, siempre me acompañaban mi pistola y el bastón de puntera metálica y pomo macizo con forma de cabeza de lobo.

Aunque me despedí a una hora prudencial de mi camarada Gerónimo con la excusa de que tenía que partir a Cádiz al despuntar el alba para recoger una mercancía para don Alejo, mi patrón, decidí acercarme a los baños árabes que se encontraban de camino a la pensión. Me propuse recibir uno de esos exóticos masajes, sumergirme en un tonificante baño de agua fresca antes de ceder a un sueño sudoroso.

Ese local, hoy desaparecido, contaba con un aliciente añadido para el visitante: la cuidada imitación de un serrallo. Los que han tenido oportunidad de disfrutar de sus servicios recordarán los mullidos divanes de raso, los tapices de Oriente, las camas sobre zócalos de mosaico, las pinturas obscenas, los pebeteros exhalando perfumes embriagadores. Hasta

un auténtico eunuco guardaba a las mujeres: argelinas, españolas, circasianas, otomanas. Blancas, morenas y negras, odaliscas todas de belleza extraordinaria.

Me deleitaba con el pensamiento de los goces que me aguardaban cuando me introduje en un callejón lateral para atajar hacia la puerta de acceso a los baños. Justo allí me sorprendió el barullo producido por la gorpiza que dos individuos propinaban a un anciano.

Las facciones aguileñas, las guedejas que caían bajo su sombrero y la levita negra delataban a la víctima como hebreo. La edad siempre merece un respeto sin importar la raza o la religión, me dije asqueado ante aquella acción execrable. Acto seguido reaccioné.

Como hombre de acción y presto a defender siempre al débil, me abalancé sobre el rufián que tenía más cerca. Le agarré de la muñeca y así detuve al puño cerrado que con saña iba a lanzar un golpe al rostro macilento del anciano. Le retorcí el brazo y el bellaco me miró con ojos acerados, confundido por mi inesperada irrupción. Entonces le estampé tal derechazo en la mandíbula que le crujieron los dientes.

Raudo alcancé al otro desalmado, que sujetaba por detrás al pobre judío. Le arreé tales guantazos en las orejas que tuvo que asírse las. Liberó a su víctima y se revolvió hacia mí, medio aturdido, momento que aproveché para propinarle semejante patada en sálvese especificar las partes que soltó un gemido ahogado y se derrumbó. Con un certero bastonazo en la cabeza lo terminé de descalabrar.

Agarré de la manga izquierda al aturdido anciano, que tenía la nariz ensangrentada y los pómulos amoratados, atrayéndolo hacia mí. Mientras a nuestras espaldas oía quejidos y maldiciones que prescindo relatar por obscenas, nos lanzamos Albaycín arriba, zigzagueando entre los callejones.

El agredido, con una cartera de piel que acunaba entre los brazos como si fuera un recién nacido, corría despavorido, más de lo que uno podía esperar después del maltrato recibido y de su proveyta edad. Parecía una liebre perseguida por un galgo. Casi me sobrepasaba, como si lo llevara el mismísimo diablo.

Mostraba su cara un rictus de pánico, sus ojos permanecían casi ocultos tras unas negras y frondosas cejas. Le acaba de salvar, conmigo estaba seguro. ¿De qué tenía tanto miedo?, me sorprendí.

Cuando tras varios minutos de carrera consiguió serenarse, paró echando el befo y dijo entre jadeos:

–Marcho a casa. Vivo cerca, en la ciudad nueva –tal parecía que fuera a sufrir un síncope a causa de su estado de excitación.

–¡Pero límpiese un poco esa cara, que va llamando la atención! –le alcancé un pañuelo–. Y cálmese, ya los dejamos atrás. Ha comprobado que no eran rivales para mí –le ofrecí la mano, esperando que esa muestra de urbanidad lo serenara–. No nos hemos presentado: me llaman Ventura.

–Baruch Cohen –me apretó la diestra–. No perdamos el tiempo en cordialidades ahora, por favor. El peligro acecha.

Percatándome de los temores que lo apabullaban prescindí, no sin pesar, del plan de visitar los baños árabes.

–De nada sirve que le rescate de las garras de unos truhanes si no me aseguro de que llega con bien a su hogar. Le acompaño, señor.

–Gracias, joven. A imitación de la de Dios, vuestra caridad es inagotable.

Salimos del barrio musulmán y nos adentramos en las construcciones más modernas tras andar un poco. Pasada la catedral, entramos en un oscuro portal y subimos por las escaleras hasta la terraza del edificio. Allí recorrimos los terrados de un largo número de casas, un nuevo barrio en las techumbres de la ciudad, cuyas callejas se intrincaban como el primer nudo de un niño que acabara de aprender a atarse los cordones de los zapatos.

Granada, desde hacía aproximadamente un siglo, y tras las migraciones desde el Reino de Portugal para la construcción de las líneas de cañones de la costa y el regreso de los judíos tras el Real Decreto del Retorno, se había convertido en un hervidero de gente que iba y venía.

Entonces empezó la escasez de viviendas.

Para paliar esa carencia se edificaron en las partes altas de las construcciones, a la manera de las colmenas, casas y pequeños negocios, de tal manera que incluso a esas alturas se levantaron calles alternativas, comunicando unas con otras, edificio a edificio, mediante puentes bien asentados. Contaban con autobuses y una línea aérea propia, un dirigible de bolsillo le llamaban, que circundaba toda la parte nueva de la ciudad.

A aquellas horas todavía había gente allí arriba, reacia a acostarse, disfrutando de la fresca y de los servicios de algunos bares y casas de alimentación abiertos.

Por fin, mi amigo sobrevenido se dirigió escaleras abajo y en un cuarto piso entró llave en mano en una vivienda. Con celeridad cerró tras de sí, apoyó la espalda en la puerta y dio un resoplido de alivio con los ojos

cerrados.

Salió del interior de la vivienda una muchacha menuda de bella faz, ataviada con un vestido sencillo protegido por un delantal. Una sombría expresión de sorpresa apareció en su delicado rostro ovalado.

—Padre, ¿qué le ha pasado? ¿Y esa sangre en la cara? —Sus ojos negros se nublaron como una noche de tormenta, se estremeció involuntariamente, pero al momento se rehízo y sus pupilas brillaron con firmeza indomable.

Lo tomó del codo y lo acompañó hasta una modesta salita, donde reinaban un orden y un aseo impecables.

—Nada, Sara, no te preocupes —contestó el anciano con cierto desánimo—. Unos sinvergüenzas han intentado robarme en el Albaycín.

Buen conocedor de las cuitas de las féminas y de la solícita atención con que atendía la tal Sara a su padre, no pude dejar de mostrar mis méritos.

—Los culpables ya han sido debidamente amonestados. No se exalte, señorita.

—No soy una mujer histérica, ni dada a los desmayos —me dijo lanzándome una adusta mirada de reconvención—. Gracias a Dios, usted impidió que lo mataran, señor... —alzó una ceja en signo interrogativo.

—Ventura.

—Sois modesto. Solo empleáis parte de vuestro nombre. ¿O es vuestro apellido, señor Ventura? —la joven había empleado un tono cáustico y me miraba con curiosidad.

—Ventura me llaman. La buena, para mis amigos y aliados. La mala la reciben quienes se enfrentan a mí. Espero que no se ofenda.

—Ofenden quienes agredieron a traición a mi padre. ¿Pero quiénes han podido ser? —sus pupilas echaban lumbre, muestra de un carácter indómito.

Sentí una simpatía inmediata por aquella joven capaz de gobernar sus nervios con tanta firmeza y poseedora de un espíritu tan recio.

El silencio obstinado del anciano combinado con las miradas de inteligencia intercambiadas entre padre e hija, me hizo maliciar que Cohen estaba asustado tanto por el ataque como porque sabía la respuesta a la pregunta de Sara y se negaba a expresarla en palabras. Estaban representando un papel ante mí.

Para denigrarlos, algunos decían que los judíos todavía practicaban la magia de sus antepasados. Miré alrededor con cautela, sin descubrir nada que avalase esa tesis. Además, de contar con tales poderes lo lógico hubiera

sido emplearlos para defenderse de los energúmenos que atacaron al anciano, me dije.

Decidí meter baza, escamado por lo sucedido. Sobre todo, porque el hombre aún no había soltado la cartera de entre sus manos sarmentosas.

—Solo cometerían tal iniquidad con un venerable anciano unos bellacos sin entrañas. O un par de patanes —expuse con tono desencantado—. En este país tenemos la pésima costumbre de revolvernó contra el diferente, contra el incómodo, de dejarnos llevar por los prejuicios, muchas veces azuzados por los poderosos en su propio interés.

—Sí —Sara me concedió una sonrisa de circunstancias—. En esta ciudad a nuestra raza no se la aprecia como antaño.

—No eran meros alborotadores —me acaricié la barbilla—. No se engañe, señorita. De ser enemigos de los hebreos os hubieran injuriado y escupido mientras repartían estopa. Eso no lo vi yo. Tampoco ladrones: con un buen coscorrón dado por la espalda os hubieran desvalijado con total tranquilidad. ¿Y asesinaros? Un único disparo o una navaja silenciosa hubieran bastado.

—Parece que conocéis en profundidad la delincuencia. Demasiado, incluso —ambos me miraron a la expectativa.

Creo que entonces sospecharon que habían dejado entrar al zorro en el gallinero. No me quedaba sino abordar con franqueza el origen de mis conocimientos en la materia.

—Fui militar y soy hombre... de mundo. Sé un poco del funcionamiento de esas sociedades de malhechores, tanto aquí como en el extranjero. Si hubieran querido matar o robar a su señor padre —lancé una mirada a Baruch Cohen, quien me observaba sin abrir boca—, no se hubieran molestado en ablandarlo antes. Y usted, señorita, acaba de decir que le salvé de que lo mataran, cuando él solo había mencionado un intento de robo. Se trata, por tanto, del aviso de un enemigo.

—¿Cuál? —exclamaron casi al unísono.

—¿El enemigo? Uno taimado. Ustedes lo sabrán mejor que yo. ¿El aviso? Uno evidente. Quien se oponga a sus designios deberá atenerse a las consecuencias. De hecho —me dirigí a ella, mirándola fijamente como si quisiera adivinarle el pensamiento—, me atrevo a aventurar que la siguiente víctima sería usted.

—¿Yo? —Sara se sorprendió.

Baruch se enderezó en el sillón como movido por un resorte.

–Cabal. Quitarían a su padre esa cartera que tanto aprecia tras dejarlo para el arrastre. ¿Y quién lo recogería malherido? Nada más fácil para sacarla de su escondite y recibir el mismo castigo u otro peor... como arrebataros la honra. A partir de ahí el mensaje queda muy claro a cualquiera que planeara resistirse a sus planes. –Cruzaron otra mirada tras la exposición de mis especulaciones–. Pero, por fortuna, habéis escapado de sus garras... esta vez.

–Por fortuna, no. Gracias a vuestro valor. Ahora tenemos que hablar con nuestra comunidad para que nos protejan.

Baruch asintió en silencio a las palabras de su hija.

–Parecéis un hombre de recursos. Quiero contrataros –el anciano hablaba ahora en un tono mesurado. Entonces pude apreciarle un acento ligeramente extranjero–. Sí, teníais razón. Quieren esta cartera. Necesito que la entreguéis a una persona de Cádiz, quien se encargará de poner a salvo su contenido. Estarán atentos a uno de los nuestros, mas no a un gentil.

Medité la cuestión para mis adentros. La misión de don Alejo, mi patrón, había de llevarme también a Cádiz. Feliz coincidencia o un regalo del destino. En mi caso, ambas opciones solían amoscarme. Sin embargo, nada más fácil que matar dos pájaros de un tiro.

El dinero siempre es bienvenido, máxime cuando acariciaba la idea de iniciar una nueva vida en las Américas. Y comprar una patente de corso era caro, por no hablar de adquirir el dirigible y enrolar la tripulación necesaria para dedicarse al honorable negocio del filibusterismo aéreo.

Una mala experiencia en un trabajo reciente para un tercero me hacía recelar. Por causas que se dirán al lector a su tiempo, necesitaba asegurarme de que no era una trampa hábilmente urdida.

–¿Esa no sería misión para un golem? –golpeé el suelo suavemente con la contera metálica del bastón–. Dudo que ninguno de esos rufianes pudiera nada contra él.

–Creo que sobrevaloráis mis capacidades. Hace falta la autorización del Sanedrín, el trabajo ímprobo de un rabino experto en la Cábala... y por último, y no menos importante, estaría el permiso de la Inquisición.

Se encogió de hombros como si quisiera decir que las tareas de Hércules serían una empresa más sencilla.

–No dudo que un hombre con una importancia para su pueblo que puede calibrarse considerando las amenazas que os acechan, merecería y

conseguiría ese esfuerzo de vuestra gente. En cuanto a los implacables guardianes de la sacrosanta fe –no pude evitar cierto tono de mofa– se los engaña con más facilidad de la que ellos se atreverán a reconocer.

–Un golem no es más que un ser de barro, al fin y al cabo.

–Como lo fue Adán, cuando Dios Nuestro Señor le insufló el hálito de la vida –repliqué con el acento de la mayor convicción.

–Además de la valentía, sería hacer a usted una grave injusticia negarle el don de la perspicacia –Baruch me lisonjeó e hizo una leve inclinación de cabeza–. Sí, el golem es una opción. Sin embargo, llamaría demasiado la atención cuando se requiere el máximo sigilo. Ya he comprobado en mis propias carnes que nos vigilan –se condolió–. Por otra parte, esos seres son muy literales en cuanto al cumplimiento de las instrucciones recibidas, incapaces de reaccionar frente a los imprevistos. Si le preocupa el precio...

–Me preocupan, por decirlo así, los motivos. Ya tuve que arrepentirme al servir de buena fe a alguien que, sin saberlo, me utilizó para sus turbios negocios. A veces el dinero no basta para pagar según qué servicios realizados a ciegas.

Padre e hija volvieron a mirarse. Ella hizo un leve gesto de asentimiento. El anciano entonces tomó la palabra.

–Mi principal recibió una carta con varios documentos de un banquero de Londres. Como corresponsal suyo en España, daban orden de que determinado caballero recién llegado a este país pudiera disponer de un crédito de cincuenta mil duros al contar con una letra contra dicha banca londinense. Esa suma haría que se lo admitiese en los mejores círculos con la mayor confianza. Sin embargo, algo en el documento le hizo recelar y me encargó la comprobación del sello y la firma. Descubrí pequeñas diferencias respecto a los originales, con lo que no se le entregó cantidad alguna hasta que se recibiera de Londres la pertinente confirmación escrita. Así, ese farsante, ahora resulta evidente su oprobiosa condición, quiso silenciarme al saber, no sé cómo, que yo era el autor del informe sobre la posible falsificación. De conocerse sus trampas, su fachada pública se desmoronaría, amén que la justicia podría tomar cartas en el asunto por estafa. Esta cartera contiene el libro de firmas que atestigua mis sospechas –la abrió y me enseñó un mamotreto de cubiertas repujadas y letras doradas en hebreo.

–Entiendo. Un pájaro de altos vuelos. Cuente conmigo, pues.

–Cerrems entonces el trato.

La primera acción realizada ante desconocidos es la que generalmente da concepto al hombre que de nuevas se presenta ante aquellos. La mía no podía haber sido más valerosa y honorable. Por eso confiaban en mí en ese momento.

De igual manera, creía que aquellos dos no me mentían. Quizá no me dijeran toda la verdad, algo hasta normal si el anciano era un shylock, pero ese sería un problema de otra ralea.

–No pretendo dinero en efectivo –medité mis palabras–. Quiero una patente de corso para trabajar en las Antillas. Necesito financiación.

–No es poco lo que pedís. Esa inversión requiere una buena cantidad de fondos. Las Antillas... os enfrentaréis a una dura competencia: franceses, ingleses, holandeses –ya no era un anciano asustado, sino un hombre de negocios. La edad aún no había moderado el fuego de su firme y penetrante mirada.

–No busco su filantropía, sino acordar un trato justo. Recibirá usted, o su banco, un porcentaje de los botines. Dejo en sus manos la decisión sobre el mismo –lo prioritario para mí era conseguir la suma para iniciar tal aventura.

Podía parecer desesperado, sí, pero también estaba apelando a su sentido de la justicia.

–Me habéis salvado la vida y salvaguardado con ello los intereses de mi pueblo. Puede el hombre ser avaro de lo suyo, mas no miserable; dar cabida en su corazón a la desconfianza, pero no a la maldad. No, entre socios –me alcanzó la mano, que encajó con cordial solidez–. Trato hecho. Los detalles los discutiremos cuando llegue el momento.

–Así sea.

–Ahí tenéis anotado el nombre de la persona que concluirá el negocio y su paradero en Cádiz –me alcanzó un papel–. Su barco zarpa en dos días.

–Si algún día necesita usted de mi apoyo y protección, ya sabe que manejo con soltura los puños, además de la espada y la pistola. Y siempre cumplo mi palabra.

–Confío en que cumplirá este encargo a plena satisfacción. Sé que no olvidará su palabra, no hace falta tanto celo –se despidió el anciano mientras me daba la mano otra vez.

–Sería preciso que yo muriera para que la olvidara –me salió de dentro con más ceremonial de lo que pretendía.

–Mejor procure vivir y no olvidar –sonrió Baruch Cohen con gravedad

patriarcal.

CAPÍTULO II. UN ENCARGO MISTERIOSO

Uno de los aspectos positivos de trabajar para don Alejo consistía en que para los encargos de fuera de Granada me permitía usar su landó a vapor. Me encantaba dirigir con mano firme aquella máquina de acero, sentir el azote del viento en mi rostro, curtido por la intemperie y la pólvora de las batallas, y flagelado entonces por los granos de ceniza de carbón del motor y el polvo de los páramos arrastrado por las ráfagas de aire.

Había salido de la ciudad con el alba. Esperaba llegar a Cádiz antes del anochecer. Era mejor viajar durante el día. Con la oscuridad, algunas carreteras a trasmano se tornaban peligrosas a pesar de los puestos de la Guardia Rural. Los viajeros solitarios eran objeto de la codicia de las bandas de bandoleros y de los émulos de los Siete Niños de Écija.

El vidrio del parabrisas retemblaba ligeramente a causa de la velocidad. Los postes de telégrafos desfilaban raudos flanqueando el camino. Conducía sumido en mis cuitas, medio amodorrado por el ronquido animoso del motor y el monótono rumor de la fricción de las ruedas contra el terreno desigual.

Me alegraba de llevar una vida más ordenada, rumiaba para mis adentros.

Dentro de poco, este encargo me demostraría que esa calma no era más que un espejismo. Pero no adelantemos acontecimientos.

Permítanme que les ofrezca unas breves pinceladas sobre mi persona. Había sido militar hasta hacía bien poco. El régimen castrense, con su vida de camaradería y aventura, era atractivo, aunque no dejaba de ser entonces, igual que hoy en día, un poco estrecho de miras cuando no posees los galones adecuados ni cuentas con padrinos en las altas esferas. Sin embargo, era la única forma de ascender socialmente para los que somos del pueblo y no contábamos con un tío en las Américas que nos arreglara el porvenir.

La pérdida de dominios del Imperio, los chanchullos políticos, las ínfulas de los altos mandos, la baja soldada, el hartazgo de sufrir a superiores incapaces y prepotentes, y ciertos episodios en ultramar me hicieron reconsiderar mi futuro castrense.

Pero lo cierto es que fue una grave herida la que propició mi licencia del servicio activo. Así volví a España, donde nadie me esperaba, pero convencido de que la mejor tierra del mundo es aquella donde uno ha sido bautizado.

Ese regreso forzoso supuso que mi vida diera un vuelco. Me había convertido, de golpe y porrazo, en uno de tantos militares pundonorosos y valientes a los que, después de regar con su sangre cien veces los campos de batalla, se los aparta del servicio de las armas cubiertos de heridas y cargados de desengaños. Con una pensión misérrima, el orgullo malherido, el carácter amargado y taciturno, medio lisiado y sin expectativas en el horizonte, tomé el mal camino.

Mirando atrás, y no hacía falta remontarse demasiado, empecé ofreciendo mis habilidades a Tasio Bauzán, un conocido prestamista. Cuando alguien no hacía frente a sus pagarés, me tocaba avisarle de las funestas consecuencias que conllevaba no pagarlos. No era muy honorable para un antiguo oficial enzarzarse a golpes con quien no se mantenía cuestión alguna en lo personal, pero me resultaba preferible a trabajar de sol a sol como una mula en una fábrica por un sueldo de risa.

También ejercí otras funciones igualmente reprobables, de las que tal vez más adelante dé cuenta en este libro. Había caído presa del más terrible embrutecimiento moral.

Encajaba como anillo al dedo en la estrofa de la siguiente seguidilla:

No rehúyo el encuentro
con mis contrarios,
porque solo con verme
tiembla el Resguardo.
Huye la Ronda,
porque en el mundo, prenda,
no hay quien me tosa.

Esas páginas negras de mi vida fueron arrancadas de cuajo tras la llamada de mi entonces patrón, don Alejo García-Pedreño y Villaescusa, un conocido prohombre granadino. Sin perder del todo mi independencia, ejercía una actividad aventurera en ocasiones que me llenaba de placer y, a la vez, me suponía una gratificación económica.

¿Cómo alguien como yo entró a su servicio?, se preguntarán con razón.

Por mediación de su sobrino, Leopoldo Villaescusa Silvela, amigo y compañero de armas en las Filipinas. Con más fortuna en la carrera militar

y, todo hay que decirlo, con mayor empeño que un servidor, llegó a adquirir el cargo de gobernador de las Islas Carolinas, conocidas también como Nuevas-Filipinas.

Fue, en mi opinión, un buen gobernante, severo en aquello que debía de serlo y justo en su administración, mas los nativos iniciaron una revuelta que hasta aquellas fechas me preguntaba a qué fue debida. Surgió como un odio turbio que se respiraba primero en la selva, luego en los poblados e iba saltando de isla en isla, percibiéndose el ánimo encrespado de los indígenas. Los aires de rebelión en las Filipinas se habían extendido por la región pacífica como una nube tóxica y dañina. De eso hablaremos más adelante también si se tercia.

Calificarme de hombre de confianza de mi patrón sería, por mi parte, un ejercicio de soberbia, ¿o debería decir vanidad? Su mayordomo, Cipriano Peralta, ejercía de mano derecha en las tareas domésticas. Yo más bien era el alfil encargado de las encomiendas más personales.

Se supone, aunque no soy persona pagada de sí misma, que yo servía tanto para arreglar un roto como un descosido. Aquel genio y erudito, abstraído en el sueño de sus teorías científicas y sus inventos mecánicos, necesitaba a alguien capaz de bregar en el fango. Ese era yo.

Él se codeaba con lo más ilustre de la sociedad local en el Teatro de la Ópera; yo, con lo más chabacano en los teatros de variedades y las corralas. Él debatía sobre los asuntos del día en la Real Sociedad Patriótica de la muy Noble y muy Leal Ciudad de Granada, mientras yo criticaba a diestro y siniestro con mis camaradas de Los Numantinos. Él daba charlas magistrales en el Real Instituto Industrial; yo he relatado mis anécdotas de veterano en ultramar a cambio de una jícara de vino. Sin embargo, a ambos nos unía Leopoldo, su sobrino, mi amigo. Mi mejor amigo. Él podía haber elegido otras amistades, una infinidad de ellas, de mejor pelaje que yo, sin embargo las circunstancias nos habían unido con lazos indestructibles.

Y así, recordando ese pasado borrascoso (que me ha permitido servirles un ligero esbozo de mi persona) y recreándome en mi bonancible estado de aquel entonces, llegué a Cádiz, en el horario planificado, detalle que encantaría a la mentalidad cuadrículada de don Alejo.

La ciudad, lejos de su tono festivo y cordial, permanecía atenazada por un peligro insidioso: un brote de cólera. Cólera morbo-asiático, lo llamaban los diarios. Aquel origen, lejano e ignoto para muchos, parecía agravar todavía más el carácter maligno de la enfermedad.

En calles y plazas se mezclaban el llanto de la desesperación por los moribundos con el fervoroso clamor de los sacerdotes y el aterrador golpeteo de los martillos que fabricaban ataúdes. Aunque la autoridad había tenido la prevención de que las campanas no doblaran a muerte ni las fúnebres campanillas resonaran por las calles, el terror empezaba a desatarse entre la población.

Me sorprendió el tintineo de una campanilla del Viático. Ante ese sonido unos se encerraban en casa, temerosos de un posible contagio. Otros descubrían la cabeza en señal de respeto. Algunos doblaban la rodilla en tierra para saludar el paso de un sacerdote, alto y flaco, que desafiaba el bando con la prohibición del gobernador civil y hasta el más elemental sentido común, y se dirigía a purificar un cuerpo enfermo con la hostia consagrada y a recibir, posiblemente, el último suspiro de un pobre infectado.

A esas horas de la tarde, los rayos del sol caían oblicuos y el suelo parecía cuartearse por el calor acumulado durante el largo día. Caminaba con paso apresurado, no solo por cumplir el encargo para Baruch Cohen, sino también por el ambiente incendiario que latía en las calles, donde todavía flotaba el olor a humo de los incendios. Según me enteré por el dueño del garaje donde dejé el vehículo, el día anterior una turba enfurecida se había lanzado a un enloquecido pogromo contra iglesias y conventos de la ciudad.

Los maledicentes esparcían rumores que se propagaban tan rápido como el cólera. Se había extendido entre el pueblo que se había visto a un aguador contaminando las aguas de una fuente pública a instancias de los jesuitas. También se achacaba a estos el envenenamiento de diversos productos alimenticios.

Con los ánimos exaltados por la natural preocupación ante una enfermedad que amenazaba con el establecimiento de una cuarentena en algunos barrios de la ciudad, una plaga que hacía caer como moscas a familiares y conocidos, aquella murmuración, fuera patraña o no, se convirtió en la chispa que hizo explotar el descontento popular.

Patrullas de soldados se cruzaban con carros tirados por yuntas de bueyes que transportaban los cuerpos de los fallecidos, seguidos por algunos allegados del más riguroso luto. Una de aquellas me detuvo y el suboficial al mando examinó mi carta de seguridad con detenimiento. Expedida «a diligencias propias», me dejaron marchar sin hacerme

preguntas.

Los dolientes se enjugaban las lágrimas. En ese trance muchos cristianos olvidaban que al traspasar el umbral de la muerte comenzaba una eternidad libre de miserias y amarguras. Al menos eso es lo que enseñan las Sagradas Escrituras, siempre prestas a mostrar el camino de la resignación y la esperanza cuando más útil fuera para los intereses de los poderosos amigos de la Iglesia, pensé para mí.

Por fin llegué a la calle de la Judería. El billete recibido especificaba los datos del caserón donde debía encontrar a Samuel Leví, y no tardé en hallarlo.

Llamé a la puerta con dos aldabonazos. Abrió un rapaz de mirada escurridiza al que ya le asomaba el bozo adolescente. Se perdió en el interior cuando le entregué el papel con el sello de Baruch Cohen. Al poco apareció en el portalón de la entrada un hombre de regular estatura, con una frente despejada sobre la que se despeñaban algunos cabellos canos hacia unos anteojos apoyados en una nariz de ave rapaz.

—Baruch me avisó de su llegada y el asunto que le trae hasta aquí mediante teletrófono. Pase, por favor. El ambiente está revuelto y las paredes tienen multitud de ojos y oídos alertas.

Me condujo hasta un agradable patio interior, con las paredes tapizadas de tiestos con flores y plantas, protegido de la canícula del exterior.

Nos guarecimos bajo la sombra de una palmera, donde podíamos darle al palique sin que el sol nos hiciera guiñar los ojos más de lo justo.

—Aquí tiene —le entregué la cartera con toda la solemnidad que la ocasión requería. Para mí significaba, nada más y nada menos, que la futura posesión de una patente de corso, mi mayor anhelo en aquella época.

Me hizo un signo para que me sentara enfrente de él.

El hombre abrió la cartera con no menos ceremonia, sacó el libro, se quitó las gafas para mirarlo, contempló con atención la portada de cuero repujado, comprobó al azar el contenido de varias páginas con mudo detenimiento y lo devolvió de nuevo a su interior.

—Bien. Esta noche partiré hacia Orán para ponerlo en manos de nuestros escribanos —tomó la copia que acompañaba al billete y lo cumplimentó con una firma de caligrafía oriental—. Aquí tiene. Gracias.

—De nada —me levanté con la intención de marcharme tras guardar el recibo a buen recaudo en mi cartera.

Nunca había ganado tanto con tan poco esfuerzo, me ufané en ese

momento.

–Un instante, por favor. ¿Qué pensarán las paredes del exterior si se marcha con las manos vacías? –me regaló una sonrisa ladina. Dirigió unas palabras en hebreo al mismo mozuelo de antes–. Dentro de poco es el Rosh Hashaná. Nuestro Año Nuevo. Ahora mi nieto Yehuda le entregará una cesta con dátiles, frutas y verduras con las que celebramos la cena familiar que conmemora esa fecha. A algunos gentiles les gusta.

Me mordí el labio inferior para no decirle que era de natural sobrio y me contentaba con un simple potaje de habichuelas. Si estaba dispuesto a ser generoso, le allanaría el camino con mi silencio.

El chico me entregó la cesta con una sonrisa tímida, mientras su abuelo le acariciaba el cabello.

–Gracias. *Shalom* –atiné a despedirme en hebreo.

–*Erev tov*.

La primera parte de mi misión había concluido. Apreté el paso camino del puerto para cumplimentar la segunda.

El patrón me había indicado que los custodios del paquete que debía recoger en su nombre eran los hermanos Garza. Llegarían en el buque *Trinidad* y me acompañarían de vuelta a Granada. O era muy importante o muy pesado, aunque en ese caso siempre podía contratar los músculos que hicieran falta para transportarlo al auto.

Dejé de cavilar sobre el asunto. Don Alejo tendría sus buenas razones cuando había dispuesto las cosas así.

Cuando trabajaba para otros yo solo ejecutaba, intentaba no pensar. Tal vez no fuera muy inteligente por mi parte, lo admito. En cambio, puedo asegurarles que resultaba de lo más conveniente.

Recordé las palabras del coronel Bohórquez, al mando de mi regimiento en las Filipinas: «Nunca os ascenderán por pensar, sino por el estricto cumplimiento de las órdenes recibidas. A veces tus superiores tienen razones que no alcanzas a ver, y tal vez que ni puedas comprender».

Así nos iba la guerra, las guerras, para ser más exacto... pero esa es otra historia que ahora no quiero recordar. Aun así, a veces se hacía difícil cerrar los ojos ante ciertas situaciones.

A las malas aprendí que pensar por uno mismo y, sobre todo, expresar esos pensamientos en voz alta, servía para que te ordenaran tomar una colina sin el menor valor estratégico con el único objetivo de hacerte perder tus hombres y tu propia vida en el empeño, como le pasó a un

lenguaraz capitán que osó discutir las órdenes en una reunión de oficiales. Así que mis dudas las guardo para mí, no sea que el tiro me salga por la culata.

Paseé la mirada por el fondeadero buscando el *Trinidad*. Las luces del sol se batían en retirada como una caterva de mambises puestos en desbandada por una carga de nuestros soldados metálicos, obligándome a aguzar la vista.

Tan pronto como lo descubrí sentí una punzada de decepción. En primer lugar por tratarse de un bergantín, y no un piróscabo o barco de vapor. Raciociné entonces, con escaso acierto como pronto sabría, que el encargo que me esperaba no sería de tanta importancia si había viajado en un transporte más lento.

En segundo, y peor aún, porque no habían bajado la escalerilla.

—¿No van a desembarcar los del *Trinidad*? —pregunté a un estibador en retirada.

—Hoy no. Ya es tarde. Los encargados de la Sanidad y el teniente de carabineros no lo revisarán hasta mañana —dijo con tono ligeramente gangoso.

Faltaba todavía el vejamen del fisco, me amosqué.

Me consolé recordando el éxito de mi otra misión en Cádiz y la misma arribada de la nave, pues se rumoreaba que se iba a cerrar el puerto y no se admitirían más barcos hasta nueva orden a causa de la epidemia.

La suerte seguía sonriéndome, me dije, tan ufano como cuando salen los fieles de vísperas.

Infeliz de mí. La rueda de la fortuna gira de forma caprichosa.

Nunca lo hace a gusto de todos, como iba a descubrir más pronto que tarde.

CAPÍTULO III. LLEGAN MALAS NOTICIAS

Volví al puerto cuando la aurora comenzaba a derramar los primeros albores de la mañana sobre las azuladas aguas del Atlántico. Formaban un bosque frondoso los palos y las jarcias de los numerosos barcos anclados. Las gaviotas sobrevolaban las olas a la caza de pececillos. Mar adentro la brisa mecía las velas de las chalupas de los pescadores. Un día esplendoroso, sin una nube que turbara el plácido firmamento.

Me felicité contando con la pronta conclusión de mis negocios en Cádiz y mi próxima partida de esa ciudad enferma. Sin embargo, las cosas casi nunca son como uno se imagina y muchas menos resultan como se las espera.

Marineros y mozos del puerto se afanaban en liberar al *Trinidad* de la carga. El capitán, un hombre de arrogante estatura y rostro impasible, con las manos entrelazadas tras la espalda, voceaba órdenes con acento áspero, pensando seguramente en el próximo flete mientras calculaba las ganancias de este.

—Buenos días, señor. ¿Sabe usted dónde puedo encontrar a dos de sus pasajeros, los hermanos Garza? —pregunté con tono respetuoso tras quitarme el sombrero.

Me miró de hito en hito, como si acabara de interrumpir una ceremonia sagrada.

—¡Venga, que's pa'hoy! —chilló a unos estibadores antes de contestarme—. Algunos viajeros ya partieron; otros, no lo sé. Yo solo soy responsable de su bienestar durante el trayecto. Todos han llegado bien. Allá ellos una vez arribados al destino —remató con petulancia.

Se giró, dándome la espalda, para proseguir ladrando instrucciones.

No puedo decir que me molestara el carácter arisco de aquel hazteallá. Esa era una característica que me hermanaba con él. Además, cada uno tiene su genio y hay que respetar el del prójimo.

Divisé a un grumete. Con una mano le hice una seña para que se acercara. Con la otra le mostré una moneda de un cuarto.

—Entrega esta nota a los señores Garza —le confié un mensaje junto con la moneda.

—¡Al punto! —se llevó una mano a la visera de la gorra y partió raudo,

lejos de las rapaces miradas de su capitán.

En el billete pedía a los responsables de la carga destinada a don Alejo que, una vez concluidos los trámites aduaneros, acudieran al cafetín de los Ballester, donde los aguardaría.

Me gustaba el olor a salitre. Era la fragancia de la libertad, de la mar inmensa y sin fronteras. Con el céfiro matinal acariciándome la cara, paseé hacia la taberna con paso relajado. Solo se oía el graznido de las gaviotas y el pitido estridente del silbato de un contraamaestre que daba órdenes.

Un corrillo de ociosos atrajo mi atención. La curiosidad me llevó hasta ellos. Unos marineros comentaban a media voz que se había avistado un kraken en el Mediterráneo. Uno de ellos, con ojos legañosos y nariz roma, dijo, mientras se persignaba con más fervor que en la misa dominical, que aquel monstruo era una creación maléfica de los darwinistas británicos y su misión consistía en hostigar y hundir a las naves españolas que quisieran atravesar el estrecho de Gibraltar.

Aquella conversación me devolvió de golpe a la realidad, la de la guerra permanente y sin tregua contra los enemigos del Imperio español, numerosos y tenaces como las malas hierbas. Guerra de la que yo mismo había formado parte hasta hacía pocas fechas.

Se preguntaban los marineros, con una preocupación que yo también compartía, si los exorcistas de la Inquisición podrían conjurar tamaño peligro. Se me heló la sangre cuando uno anunció que el bergantín en el que embarcó Samuel Leví con la cartera de Baruch Cohen habría sido la primera víctima de aquella bestia marina.

—Una fragata de patrulla por la zona cablegrafió esta madrugada que había encontrado restos de ese navío.

—¿Cómo es posible? ¿Tan pronto? —no pude evitar expresar mis temores en voz alta. Tal vez alguno de esos avezados lobos de mar también los tuviera, pero ninguno respondió—. ¿Habrán sido piratas? No es descabellado pensar que la fragata que mencionaban estuviera patrullando en busca de esos desalmados berberiscos.

—Hasta que la fragata no arribe a puerto no sabremos realmente a qué pecio corresponden los restos encontrados. Mientras tanto, nos toca conformarnos con las habladurías.

—¿El primero de cuántos será? —se dolió uno con tono sombrío.

—Más madres que llorarán como una Magdalena la pérdida de sus hijos y maridos, pobres marinos que ahora reposarán en la mar, hambrienta

sepultura en cuyo fondo son pasto de los peces.

—El buen marino debe sepultarse con el buque que lo sostiene —repuso otro que fumaba una pipa de raíz de olivo con adornos de metal, con el rostro tan tostado como el de sus compañeros—. La muerte, como una amante celosa, siempre ronda a las gentes de la mar.

—Si quieres aprender a orar, entra en la mar. Mas una cosa es sucumbir al empuje de un huracán; otra muy distinta, al ataque de una aberración diabólica.

—Todos los Ictíneos II de la base de submarinos de Cartagena han zarpado de caza. La patrullera *Vigilante* también ha salido del puerto con el alba. Ojalá los barcos-pep den buena cuenta de ese engendro —terció el más veterano de los presentes con gesto adusto.

Al menos guardaba el recibo que certificaba la entrega de la cartera. Yo había blasonado ante Baruch Cohen ser hombre de palabra. Esperaba que, a pesar del funesto incidente, en caso de confirmarse, él también cumpliera su parte del trato.

Esa duda me atormentaba cuando entré en la fonda de los Ballester. Quise tranquilizarme con el convencimiento de que, entre gente honrada, la palabra dada es la mejor firma del mundo.

Con el ánimo abatido me dejé caer sobre una silla, más que me senté. Tabaleé con los dedos sobre una mugrienta mesa de pino.

Allí dentro olía a refectorio de convento franciscano.

En la barra, acompañando al patrón, un aprendiz narigudo con patillas a lo chulo cantaba a media voz:

A mí me importa un comino
que sea salado el mar.

Lo que de veras me apena
es que el mar no sea de vino.

—¿Café? —me preguntó lacónico un mozo con el mandil azul remendado al tiempo que limpiaba la mesa con un paño de color indeterminado.

—Con una copa de marrasquino —ordené abstraído.

Lancé una mirada general a la gente que se hallaba en el cafetín. Oscuros episodios del pasado me habían enseñado a otear en busca del peligro al entrar en un lugar desconocido y lleno de extraños. Hay costumbres que no se pierden ni cuando te conviertes en civil.

El mozo sirvió en silencio el pedido. Cuando me llevé la copa hacia la boca, el olor casi me tiró de espaldas. Casi seguro que por esos mundos de

Dios había bebido brebajes tan infectos, o incluso más, de manera que lo apuré de un trago. Con un chasqueo de dedos pedí otro. Lo que no mata desinfecta las entrañas, me animé.

En una mesa cercana cuatro hombres con apariencia de estibadores hablaban de sus cosas con un vaso de cerveza delante de cada uno y un recio cigarro de papel en la boca o en la mano. Murmuraban sobre los carros hacinados de víctimas por el cólera que se llegaban hasta las parroquias. La enfermedad era una ominosa sombra que se cernía sobre Cádiz, oscureciendo el corazón y el ánimo de sus habitantes.

En otras mesas sus ocupantes daban la impresión de pasar el tiempo intrigando, maquinando a saber qué ruindades, o eran simples matuteros planeando en cómo dar esquinazo a los guardias y escatimar a los sacacuartos de la Hacienda Pública.

Unos pasos firmes acompañaron la entrada de una patrulla de la Milicia Urbana. De golpe el silencio se hizo evidente: el rasgueo de una guitarra se detuvo, las conversaciones cesaron, el tintineo de platos y vasos murió, muchos ojos se posaron en la punta de los zapatos de sus dueños.

Paseaban con mirada ceñuda entre las mesas. Buscaban a algunos de los alborotadores de las bullangas. El oficial al mando envainó el sable y tomó el rollo entregado por un ayudante.

—¡Atención todos al presente bando real! —carraspeó y comenzó la lectura del rollo desplegado con tono intempestivo—. Dice: «Su Majestad el Rey, y en su Real nombre el Consejo de Gobierno y el de Ministros en todo conformes, profundamente afligidos por los inauditos desórdenes cometidos el día de ayer, quiere desengañar a todos los vecinos honrados, cuya opinión ha podido ser extraviada con falsos rumores propagados por los enemigos del orden público y de las sabias instituciones acordadas por S.M. La alteración ha sido controlada y el sosiego del todo restablecido, habiéndose arrestado a algunos individuos, a los cuales y a sus cómplices ha resuelto S.M. se les aplique todo el rigor de las leyes.

»De Real Orden se les comunica a ustedes para precaver cualquier mal resultado que noticias fraguadas por la intriga o la impostura pudieran producir en la ciudad de Cádiz —alzó la mirada del pliego y entonó a voz en grito:— ¡Dios guarde al Rey muchos años!»

Sí, pero preferiría que lo guardara bien lejos de los españoles, pensé mientras contemplaba con detenimiento el vaso de licor para disimular mi desagrado.

Un silencio denso recibió el fin del comunicado oficial. Aprovechando el mismo, la tropa se marchó por donde había venido. Las conversaciones empezaron a renacer, aunque con el tono prudente de un coro de cartujos.

Una hembra de rompe y rasga ataviada con un mantón de Manila se me acercó. Tenía toda la pinta de ser una mujer de la vida y su cara empolvada no era un detalle menor.

–Tomar una copa en soledad resulta triste. ¿Puedo acompañarle?

–En otras circunstancias resultaría imperdonable rechazar tal oferta. Ahora no puede ser –la respuesta desabrida la dejó descolocada unos segundos.

–¿Está usted enfermo? –señaló el segundo vaso de licor que todavía no había tocado–. ¿Prefiere, tal vez, otro tipo de compañía? Puedo facilitársela, caballero –me ofreció con un zalamero guiño de ojos.

–Ese brebaje está infame. Sabe a tónico para el dolor de muelas –exageraré tras sorber la copa con la misma atención que si pretendiera averiguar la añada del mejor Rioja–. Son de sobras conocidas las virtudes de combinar un buen vino con una mala mujer, pero el licor de esta taberna solo sirve para desinfectar heridas. Ahora espero a alguien. Buenos días, señorita.

–Nos dé Dios –se marchó con actitud compungida ante mis desplantes.

Mi carácter taciturno no ganaba en nada cuando mi sexto sentido me prevenía de que algo fallaba. El no saber de qué se trataba me incomodaba todavía más. Tenía la molesta sensación de unos ojos invisibles clavados en mí.

Volví a repasar el local con la vista. Ya se sabe, la costumbre es una segunda naturaleza.

Las mesas del fondo donde se jugaba al mus, tute, solo y tresillo todavía permanecían huérfanas de jugadores. Los parroquianos confortaban sus estómagos con copiosos desayunos, olía a sopa de ajos con huevo y a bacalao, y se reanudaban las primeras tertulias del día tras el susto de la Milicia Urbana.

Entorné la vista, me incliné hacia adelante en un vano intento por vislumbrar entre las sombras, cuando un nuevo cliente arribó al local, encaminándose a la barra. Ante su presencia, uno de mis vecinos de mesa saltó como un resorte.

–¡Ballester! En qué cochambroso antro has convertido tu negocio. –El aludido le lanzó una mirada hosca–. ¿Ahora permites beber aquí a los

salvajes y que compartan mantel con nosotros?

—Si pagan como tú, faltaría más. —El dueño limpiaba un vaso con la misma parsimonia que si se tratara de un jarrón chino de porcelana—. El que no apoquine o me cause disturbios puede irse con la música a otra parte.

El recién llegado tenía todo el aspecto de un indígena. Con la esperanza de que se tratase de Garza, también me levanté. Si montaban un escándalo y volvía la milicia, todos mis planes podían trastocarse.

—¡Señores, tengamos la fiesta en paz! —empleé mi mejor tono de mando de oficial—. ¿Acaso no nos dijo el Mártir del Gólgota: «todos hijos de Dios, todos hermanos»?

—Uno de esos morenos, bestias acostumbradas a tomarse la ley por su mano, asesinó a mi hermano en América —repuso el alborotador con hiel en la voz—. Y no todos abrazan nuestra santa fe cristiana. ¡Adoran a sus salvajes dioses! ¡Esos idólatras les ofrecen sacrificios humanos!

Aquel hombre, de cabellos indomables y feo como un ogro, pateó una escupidera. Se empecinaba en buscar pelea con el aborigen. La combinación entre alcohol y odio formaba un mejunje explosivo, pensé con aprensión. No sería la primera vez que observaba sus devastadores efectos.

—¿Sabéis de cierto que este hombre mató a vuestro hermano? —señalé al forastero con el índice derecho—. ¿No respondéis, señor mío? Carecéis de la menor prueba, pues. Porque, por la misma regla de tres, yo también podría decir que ha pertenecido a nuestras tropas de ultramar.

El silencio había regresado de nuevo al cafetín. Todos permanecían atentos. Esperaban expectantes la resolución de ese lance para tomar partido. Proseguí mi arenga:

—Por estos pagos haríamos bien en ser más agradecidos con nuestros hermanos y aliados de allende Océanos. Como antiguo capitán de una compañía de tropas auxiliares, les puedo garantizar su lealtad y valor. En las Filipinas solo la oficialidad y los miembros del arma de artillería y tanques son españoles peninsulares. No olvidemos que necesitamos a nuestros compatriotas de las colonias para mantener el Sacro Imperio Hispánico en pie. Ciertamente es, como bien decís, que algunos ofrecen su fe a dioses primitivos. Esa misma fe, fortalecida con las oraciones y los sacrificios ceremoniales, les hacía marchar impávidos hacia el peligro. No se arredraban ante nada, créanme. Tal vez entre sus mercedes se encuentre

algún veterano como yo. Sin duda podría rebatir mis palabras de no ser ciertas –callé, aguardando una réplica. Nadie me negó cual Pedro en aquella aciaga noche–. ¿No merecen respeto los cultos de nuestros aliados, tan letales para nuestros malditos enemigos? –escupí retador en el suelo. Varios parroquianos asintieron en silencio–. Si bien nosotros somos católicos, apostólicos e hispánicos, y no romanos, como en las Europas, nuestro buen Papa, sucesor del primer papa Borgia nombrado por el Rey, a la cabeza de nuestra Iglesia, ha dispensado bulas para que practiquen sus creencias y ceremoniales por el bien de las Españas.

Alguien gritó un sentido y espontáneo «Viva Alfonso XII».

–¡Viva nuestro amado Rey! ¡Viva Alfonso XII! –corearon los parroquianos con desigual entusiasmo, pues decíase que un pellizco importante del presupuesto público se fundía en pagar a informantes presentes en todas partes, si habíamos de prestar oídos a las malas lenguas.

Algunos de los más entusiastas vestían el uniforme realista, no se sabía si por convicción o, como era muy común por aquel entonces, por conveniencia y cálculo.

–Brindemos con jarabe de Valdepeñas y no con aguachirle. Que el vino sea menos cristiano, camarero. –El peligro parecía conjurado, pensé con alivio. Y el discurso me había encendido la sed–. ¡El agua para las ranas! –El mozo sacó varias jarras de toscó barro de Talavera.

La broma me iba a costar unos cuantos duros imprevistos, siempre bien empleados cuando se trataba de salvaguardar los negocios propios.

Hice una señal al moreno para que se acercara.

–¿Sois por un casual uno de los hermanos Garza?

Se trataba de un hombre de pronunciadas facciones que parecían cortadas con un pedernal y piel de color cobrizo.

–José Garza. Entiendo que usted representa los intereses del señor Alejo García-Pedreño y Villaescusa. –Asentí con la cabeza–. Le agradezco que iluminara con la razón a ese pobre ignorante.

–Por mucho que vivamos en el siglo de la luz y el vapor, no pocos siguen felices entre las tinieblas. –Le hice un gesto para que se sentara a mi lado–. ¿Quiere beber conmigo? Aquí dentro hace un calor sofocante. Espero que no le moleste.

–De donde vengo el calor es el estado natural. Aquí está acentuado, sin duda, por el sinnúmero de libaciones hechas del rico néctar de la Mancha –remachó con un deje irónico.

—Le digo que no, aunque admitiré que, como reza el refrán, agua no enferma, ni embeoda, ni adeuda. Algo tendrá que ver, también, el humo de los cigarros y las velas de sebo que iluminan este antro, capaces de asfixiar a un camello —reí alegre—. ¿Bien el viaje?

Para mí se trataba de una pregunta protocolaria. Me alarmé cuando mi interlocutor bajó la vista y se le tensó la vena de su espaciosa frente. La sonrisa se me borró de golpe.

—Tengo malas noticias para su amo —anunció con tono sombrío.

—Yo no tengo ningún amo. Eso es propio de siervos o esclavos. Es mi patrón —le corregí con tono desabrido.

—¿Y no sirve siempre el pobre al rico? Llámelo amo, patrón o como mejor guste.

A veces el orgullo era más fuerte que mi sentido común. Con pesar tuve que admitir la verdad de su discurso. Podía engañarme, pretender que las palabras tuvieran un sentido diferente; sin embargo, la realidad permanecería inmutable ante mis deseos.

—¿Cuáles son esas noticias?

Al menos habían llegado a puerto a diferencia, quizá, del buque con la cartera de los Cohen, me tranquilicé. ¿Qué mal había acontecido, entonces?

—Nos han robado. Han asesinado a mi hermano para arrebatar nos la carga —expuso con zozobra.

Durante unos segundos enmudecí. Aquella noticia había resonado con la violencia de un bofetón en mi cara. Conseguí recuperar la compostura.

—Le acompaño en el sentimiento —dije estremecido más por el imprevisto que por la propia muerte, a la que estaba infelizmente acostumbrado—. ¿Cómo ha sido?

—Mientras me dedicaba a cumplimentar los trámites aduaneros. Él custodiaba la caja o buscaba un carro para el transporte, no lo sé con exactitud. El caso es que lo degollaron y... —enmudeció por la emoción.

—¿La policía está en el caso? —inquirí con cautela.

—Inevitable. Los que descubrieron su cuerpo inerte dieron parte a las autoridades. Ya he prestado la primera declaración.

—¿Saben lo de nuestro... bulto?

—No tuve más remedio. Les dije que se trataba de una estatua de granito o material similar, no de metal precioso que incentivara el móvil del robo. Debo quedarme unos días durante las diligencias policiales y para ocuparme de los restos de mi hermano.

Asentí con gravedad. Nunca había sido bueno en la tarea de confortar al prójimo.

Le entregué una tarjeta de visita de don Alejo con objeto de que se pusiera en contacto cuando averiguara algo más sobre el crimen. Yo debía partir de inmediato hacia Granada. No era noticia para dar por teléfono.

Salí de allí todavía desconcertado por lo acontecido. Era la primera vez que una misión se torcía, aunque sería más propio decir que se había descalabrado del todo.

Aquello me dio mala espina. Nadie había osado nunca robar un cargamento de don Alejo. Además, seguía con la molesta sensación de que unos ojos permanecían clavados en mí desde el fondo de la taberna.

Es el sexto sentido que se acaba desarrollando cuando te ves obligado a permanecer en constante alerta, como me pasó en las Filipinas. Ese instinto o la carencia del mismo podía significar la diferencia entre vivir un día más o morir.

Palpé la culata del revólver, siempre dispuesto en el interior de mi chaqueta.

Tenía muy claro que, si alguien me buscaba, me encontraría a punto y dispuesto a todo.